

Blas Castellón

“El mar y la sal: una relación necesaria con tierra adentro”

p. 55-82

*El mar: percepciones, lectura y contextos  
Una mirada cultural a los entornos marítimos*

Guadalupe Pinzón Ríos y Flor Trejo Rivera  
(coordinadoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2015

412 p.

Cuadros, ilustraciones y gráficas

(Serie Historia General, 31)

ISBN UNAM: 978-607-02-6484-9

ISBN INAH: 978-607-484-652-2

Formato: PDF

Publicado: 23 de mayo de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/el\\_mar/percepciones.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/el_mar/percepciones.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## EL MAR Y LA SAL: UNA RELACIÓN NECESARIA CON TIERRA ADENTRO

BLAS CASTELLÓN

Instituto Nacional de Antropología e Historia  
Dirección de Estudios Arqueológicos

*¿Mar en el desierto?*

Zapotitlán Salinas es una comunidad ubicada en las tierras áridas del sur de Puebla, a una altitud de 1500 msnm; se ubica 170 km al oeste del golfo de México y 250 km al este del océano Pacífico. Ahí se produce sal desde tiempos muy antiguos, mediante un proceso que inicia con el agua salobre de múltiples pozos que brotan a lo largo de kilómetros de barrancas, los cuales parecen figurar una falla geológica. En 2003, durante mis trabajos arqueológicos de campo, al conversar con los salineros locales acerca del origen del agua salada en estas tierras los lugareños indicaron sin vacilar que ésta provenía del mar, a través de corrientes subterráneas. La afirmación resultaba sorprendente si se toma en cuenta que los actuales habitantes ya no se consideran indígenas, ni hablan una lengua nativa. No obstante, su apreciación sobre el agua salada coincide con los dichos del siglo XVI, cuando fray Diego Durán inquirió a unos ancianos indígenas sobre el origen de la laguna de Texcoco, de aguas salobres, en el centro de México: “[...] y dijeronme que lo que sabían era que procedía de la mar”.<sup>1</sup> En este mismo texto se anota que para comprobarlo se envió una calabaza bien cerrada desde el mar, por un río que entra bajo tierra, y luego de unos días apareció en la laguna de Texcoco. Aún más explícito, fray Bernardino de Sahagún escribió en el mismo sentido:

<sup>1</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierras Firme*, México, Porrúa, 1967, v. I, p. 91.

[...] la mar entra por la tierra, por sus venas y caños, y anda por debajo de la tierra y de los montes; y por donde halla camino para salir fuera, allí mana, o por las raíces de los montes o por los llanos de la tierra, y después de muchos arroyos se juntan y juntos hacen los grandes ríos [...] de manera que los ríos grandes salen de la mar por secretas venas debajo de la tierra y saliendo se hacen fuentes y ríos.<sup>2</sup>

En un mito actual de la Mixteca, zona montañosa donde se encuentran múltiples parajes de salinas, se dice que hace muchos años el mar anegó la tierra y la gente murió ahogada. El mar dejó señales en muchos lugares que son salitrosos; también formó las grandes montañas al retirarse y amontonar la tierra, y las cuevas son donde golpeaban las olas; ahí quedaron atorados muchos animales marinos: caracoles, pescados, tortugas y otros.<sup>3</sup> Resulta evidente que en el pensamiento antiguo mesoamericano existía una relación directa entre el mar y otros cuerpos de agua salada ubicados tierra adentro, y que esta conexión debió ser concebida de manera más detallada. Por lo pronto, trataré de explicar brevemente la correspondencia entre el mar, los cerros, la tierra y el agua salada, según las creencias tradicionales con que contamos, asunto del que ya se han ocupado antes otros investigadores.<sup>4</sup>

### *La sal, fluido divino y peligroso*

En primer lugar es preciso señalar que, de acuerdo con las creencias antiguas y tradicionales en Mesoamérica, el origen de la sal estaba relacionado no sólo con el mar sino con los pecados o transgresiones que ocurrieron en la era de los dioses, cuando aún no existían los humanos. Se dice que hace mucho tiempo una de las diosas de las

<sup>2</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, cuarta edición México, Porrúa, 1979, p. 700.

<sup>3</sup> Alejandra Cruz Ortiz, *Yakua kuia, el nudo del tiempo. Mitos y leyendas de la tradición oral mixteca*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 1998, p. 30.

<sup>4</sup> Johanna Broda, "Cosmovisión y observación de la naturaleza. El ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica", en J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé (eds.), *Astronomía y arqueoastronomía en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 461-500; Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 171-201.

UNAM - IIH

aguas, llamada *Uixtocihuatl*, tuvo una “cierta desgracia” con sus hermanos los tloloques, quienes a consecuencia de la misma la arrojaron a las aguas saladas.<sup>5</sup> En la época mexicana, esta diosa era la representante de las aguas saladas y los llamados uixtotin eran los sacerdotes de esta diosa, pero también se designaba así a la gente de la costa y a los cautivos que acompañaban a la diosa en su fiesta, durante el mes de Tecuillhuitontli. Se aclara, además, que ella inventó hacer la sal “con tinajas y con amontonar la tierra salada, como se hace ahora”, refiriéndose a un método bien conocido de producir la sal en el centro de México. Aún así, ésta era la diosa de las aguas saladas en el mar y en todas partes.

El rompimiento entre la diosa de la sal y sus hermanos, los tloloques, es un tema que se repite constantemente en otros mitos con tema similar, mismos que ayudan a entender cuál fue la naturaleza de la “desgracia” que hubo entre esta diosa y sus hermanos. Los coras y huicholes, durante el siglo XVII, contaban que Narama “el salitroso”, cuyo sexo no está claramente definido, y Vxuu, fueron puestos por la divinidad creadora en un lugar de muchos frutos y minerales, y pasado un tiempo los echó de ahí. Entonces Narama comenzó a sudar y su sudor se convirtió en sal. También fue el creador(a) del chile y el mezcal. Luego, en una comida convocada por Dios, Narama tomó sal de su rostro y de sus partes impúdicas tomó chile y los esparció en la comida, de lo cual se agravaron las deidades presentes.<sup>6</sup> Por su parte, en tiempos modernos los nahuas de Chicontepec, Veracruz, cuentan que Malintzin vivía con dos hermanos a los que diariamente les llevaba tortillas, pescados y camarones. Como eran de pocos recursos la espionaron y descubrieron que al bañarse ella sacaba los pescados de sus axilas, los camarones de su cabeza y la sal en terrones de su nariz. Más adelante, ellos se hicieron ricos y comenzaron a maltratar a Malintzin, hasta que ella decidió irse. Entonces lloró mucho, se formó un río y luego el mar, desde donde la gente tiene que conseguir ahora la sal.<sup>7</sup> Este mito

<sup>5</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 119.

<sup>6</sup> Enriqueta Manzo, “La importancia de la sal entre coras y huicholes en el contexto de la Sierra Madre Oriental”, en J. C. Reyes (coord.), *La sal en México*, Colima, Universidad de Colima/Dirección General de Culturas Populares, 1995, p. 217.

<sup>7</sup> Véanse Roberto Williams García, *Mitos tepahuas*, México, Secretaría de Educación Pública-Setentas, 1972; *La sal*, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección de Culturas Populares, 1981; “La diosa de la sal: los ámbitos de la mitología y el simbolis-

guarda semejanza formal con el conocido tema de la perrita que hacía las tortillas, madre de toda la humanidad después del diluvio. Los totonacas de la sierra cuentan que una vieja sazónaba la comida con sal que sacaba de sus axilas. Al ser descubierta por su hija tuvo tanta vergüenza que se arrojó al mar y ésa es la razón por la que ahora el mar es salado.<sup>8</sup> Los mixes, por su parte, señalan que una mujer cortó los mejores elotes para su hermano y éste se enojó, por lo cual se pelearon. Entonces él le cortó la mano a su hermana y la sangre, junto con ella, se fue al río y por eso hay sal en Tehuantepec.<sup>9</sup> En Sacapulas, Guatemala, pueblo salinero, dicen que los siete pueblos originales llegaron del otro lado del mar dirigidos por el Ahau Canil. Al llegar al Monte Blanco o Sacapulas, el nagual se sentó y comenzó a orinar, de lo cual se formó la sal de que ahora viven.<sup>10</sup> Mitos semejantes se presentan en Sudamérica, donde se menciona que una mujer evacuaba peces por el útero y posteriormente se convirtió en roca de sal.<sup>11</sup>

Se puede observar en los relatos un común denominador: se considera a la sal como un producto principalmente femenino, que aparece como resultado de excrecencias del cuerpo de los dioses, después de un conflicto entre ellos. Es decir, los mitos antiguos y modernos coinciden en señalar que la sal —al igual que las piedras, los metales, las arcillas y otros elementos naturales— es una materia, en este caso un fluido, procedente del cuerpo de los dioses que, al principio de los tiempos, quedó incrustado en la tierra y en las aguas, lugares de donde los humanos tienen que extraerla hasta nuestros días.<sup>12</sup> Estos mitos y muchos otros también coinciden en

mo”, en J. C. Reyes (comp.), *La sal en México II*, Colima, Universidad de Colima/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Culturas Populares/1998, p. 361-372.

<sup>8</sup> Alain Ichon, *La religión de los totonacas de la sierra*, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional Indigenista, 1973, p. 136.

<sup>9</sup> Pedro Carrasco, “La reina de la sal”, *Tlalocan*, v. 4, n. 3, 1963, p. 225.

<sup>10</sup> Ruben E. Reina y John Monaghan, “The ways of the Maya. Salt production in Sacapulas, Guatemala”, *Expedition*, v. 23, n. 3, 1981, p. 14.

<sup>11</sup> Víctor Osorio Ogarrío, “Sangre, sudor, mocos y lágrimas, excrecencias humanas que originaron la sal. Ensayo sobre mitología mesoamericana”, en J. C. Reyes, *La sal...*, p. 392.

<sup>12</sup> Michel Graulich, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999, p. 373-378; Víctor Osorio, “La sal en la época prehispánica”, en Rosaura Hernández R. (coord.), *Ixtapan de la Sal*, Zacantepec, Estado de México, El Colegio Mexiquense, 2000, p. 11-30.

apuntar que esa sal salió de las partes “impúdicas” del cuerpo de los dioses, y estuvo desde su origen marcada por sucesos negativos que implicaban la transgresión de las reglas e incluso los pecados de tipo sexual. Por esto, la sal y sus usos son elementos peligrosos, que pueden traer graves consecuencias a los humanos y deben ser sujetos a reglas y prohibiciones muy estrictas.

En los pueblos actuales y antiguos de México, la sal tiene distintas propiedades que son un valioso indicador del lugar que este producto ocupa en el pensamiento simbólico mesoamericano, las que nos dan valiosas pistas para profundizar en las creencias antiguas sobre el mismo tema. Como elemento medicinal, la sal y el chile se empleaban en infusión para curar la tos. El chile cocido con sal se empleaba para las heridas de la lengua; para la prevención del sarro en los dientes se empleaba agua fría, raíz de *tlatlauhcapatlí* y sal, o grana y sal como abrasivo, y para el dolor de caries, chile caliente y sal.<sup>13</sup> Asimismo, se consideraba que cuando una enfermedad era fría se podía tomar en las manos un grano de sal.<sup>14</sup> Al parecer la sal era considerada de origen caliente y con frecuencia se asocia su origen con el chile, de naturaleza caliente, ambas como elementos curativos.

La sal se emplea a manera de conjuro para protegerse del rayo, durante las tormentas. Los habitantes de Yosotato, en la Mixteca, arrojan sal al fuego y clavan un machete —asociado con el rayo— de manera vertical en el suelo.<sup>15</sup> Los zinacantecos ponen sal sagrada y tres pequeños chiles rojos en los puños de los recién nacidos de ambos sexos, para simbolizar los objetos que serán usados durante su vida. Igualmente, durante el bautizo el cura recita una oración para sacar al demonio del alma del niño y, al mismo tiempo, coloca un pedazo de sal en su boca.<sup>16</sup> Los tarascos creen que la mujer encinta no debería cargar sal, ni cal o chile pues de hacerlo podría

<sup>13</sup> Janet Long Solís, *Capsicum y cultura: La historia del chilli*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 124.

<sup>14</sup> Alfredo López Austin, *Textos de medicina náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 20.

<sup>15</sup> Esther Katz, “Ritos, representaciones y meteorología en la ‘Tierra de la Lluvia’ (Mixteca, México)”, en M. Goloubinoff, E. Katz y A. Lammel (eds.), *Antropología del clima en el mundo hispanoamericano*, Quito, Abya-Yala, 1997, v. 2, p. 116.

<sup>16</sup> Evon Z. Vogt, *Los zinacantecos, un pueblo tzotzil de los Altos de Chiapas*, México, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones/Instituto Nacional Indigenista, 1966, p. 181-234.

nacer ciego su hijo.<sup>17</sup> Como acto ritual de penitencia, durante la Semana Santa en algunos lugares de Chiapas los nazarenos se azotan la espalda, y para avivar el dolor de las heridas les mojan las espaldas con agua de sal.<sup>18</sup>

Otras propiedades de la sal pueden resultar dañinas u ofensivas. Los mixtecos de Nuyoo creen que “la cara de la Tierra” puede ser ofendida si se orina o defeca en ríos, corrientes y pantanos, o en una vereda. Igualmente, resulta una transgresión lavarse las manos y permitir que el agua sucia corra por el arroyo, beber de un arroyo con mal aliento o beber del mismo con chile o sal en los labios.<sup>19</sup> En el mundo antiguo, los sacerdotes de Teohuacan (Tehuacán) como acto de penitencia no comían pescado, ni sal, ni chile y debían conformarse con una tortilla. Al parecer la sal y el chile avivaban los deseos sexuales.<sup>20</sup> Los súbditos o servidores del Dueño del Cerro o Monte Sagrado “hablan solamente en lengua indígena, aunque también entienden el llamado de los silbatos y el tronido de los cohetes con los que los hombres los convocan al trabajo; no aceptan alimentos con sal; les atraen los olores escandalosos, ‘pecan’ (copulan) y tienen hijos”.<sup>21</sup> Al parecer, los tlaloques —o sea, los servidores del dueño del cerro—, o Tlálóc, no soportan la sal por el rompimiento inicial que tuvieron con su hermana Uixtocíhuatl, y porque la sal fue extraída del cuerpo de la diosa —axilas, sangre, llanto, etcétera— lo cual es cercano al pecado y contrario a las aguas limpias y purificadas que son manejadas por éstos. Además, la sal representa la estación seca, es decir, la ausencia de lluvia. Las creencias anteriores

<sup>17</sup> Lucio Mendieta y Núñez, *Los tarascos. Monografía histórica, etnográfica y económica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1940, p. LVII.

<sup>18</sup> Raúl Guerrero, *La jicara mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992, p. 91.

<sup>19</sup> John Monaghan, *The covenants with earth and rain: exchange, sacrifice and revelation in Mixtec sociality*, Norman, Oklahoma, The University of Oklahoma Press, 1995, p. 103.

<sup>20</sup> Juan de Torquemada, fray, *Monarquía Indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, v. III, p. 268.

<sup>21</sup> Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, p. 87; Liliana Huicochea, “Yeyécatl-yeyecame: petición de lluvia en San Andrés de la Cal”, en B. Albores y J. Broda (coord.), *Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 236; Cruz Ortiz, *Yakua kuia...*, p. 39.

confirman también el conflicto inicial entre la diosa de la sal y sus hermanos los tlaloque: no se debe comer sal en las cercanías de cuerpos de agua, donde moran los ayudantes de Tlaloc; igualmente, la sal, de naturaleza caliente, protege de los rayos y tormentas generados por los tlaloque. En general, estas creencias reafirman lo planteado por los mitos sobre la naturaleza femenina y caliente de la sal y su relación con los peces, con el mar y con las transgresiones o pecados, como se verá más adelante.

### *Indicadores marinos*

La arqueología del México central y de muchas regiones alejadas de los litorales abunda en ejemplos de la presencia permanente del mar en el pensamiento tradicional mesoamericano. El mar sólo podía ser visto lejos en la superficie, pero en el mundo subterráneo y en los cuerpos de agua terrestres las conexiones eran permanentes. Es curioso recordar que antes del desarrollo de la geología moderna, las ideas sobre la presencia de sal y la ubicación del mar respecto a las tierras altas eran muy semejante a las antiguas concepciones mesoamericanas. En el siglo XVII, René Descartes sostenía que las aguas dulces eran suaves y podían evaporarse, pero las partículas de sal eran duras y podían permanecer, por eso el agua del mar era salada. De acuerdo a su teoría, la parte suave del océano, las aguas frescas, era absorbida en los poros de la tierra, y luego reaparecían en forma de ríos de agua dulce, arroyos y lagos. La tierra no sólo tenía poros sino grietas, y estas fisuras eran lo suficientemente amplias para dejar entrar el agua del mar, con todo y partículas. Estas aguas marinas generalmente desembocaban en manantiales de agua salada. Pero algunas de estas fisuras eran callejones sin salida y no llevaban hasta la superficie, de modo que el agua del mar que caía en tales lugares se endurecía hasta formar sal de roca.<sup>22</sup> En el caso de Mesoamérica, las capas duras de la tierra eran visibles en los cerros y éstos eran considerados depósitos acuáticos, como señala claramente Sahagún:

Los antiguos de esta tierra decían que los ríos todos salían de un lugar que se llama Tlalocan, que es como un paraíso terrenal, y también

<sup>22</sup> Mark Kurlansky, *Salt. A world history*, Londres, Vintage, 2003, p. 312.



decían que los montes que están fundados sobre él, que están llenos de agua, y por fuera son de tierra, como si fueran vasos grandes de agua, o como casas llenas de agua; y que cuando fuese menester se romperán los montes, y saldrá el agua que dentro está, y anegará la tierra; y de aquí acostumbraron a llamar a los pueblos donde vive la gente *altépetl*, quiere decir monte de agua o monte lleno de agua.<sup>23</sup>

Es claro, entonces, que la percepción del paisaje terrestre en el pensamiento mesoamericano es una especie de cubierta o costra gruesa y dura, de tierra y piedras, que cubre la parte interna o subterránea por donde circulan las aguas directamente conectadas con el mar. A veces estas aguas emergen a la superficie en las lagunas, los manantiales y a lo largo de los ríos, pero siempre tienen su origen en el mismo sitio que el mar, es decir, en el *Tlalocan*, el lugar de las aguas primordiales, donde moran los dioses y ayudantes de Tláloc, señor de las aguas y del inframundo. Si tal comunicación entre el mar y la tierra adentro existe, solo faltaría saber por qué las aguas terrestres son en su mayor parte aguas dulces, y no saladas. Esto también lo explica con claridad Sahagún: “[...] y aunque el agua de la mar es salada, y el agua de los ríos dulce, pierde el amargor, o sal, colándose por la tierra, o por las piedras, y por la arena, y se hace dulce y buena de beber; de manera que los ríos grandes salen del mar por secretas venas debajo de la tierra, y saliendo se hacen los ríos.”<sup>24</sup>

Evidencias de esta geografía sagrada abundan en los sitios arqueológicos. Por ejemplo, el caso de los cuerpos acuáticos —como las lagunas del Nevado de Toluca o Xinantécatl— en donde se arrojaron muchos artefactos de ofrenda relacionados con el Tlalocan. Este volcán es una entrada al lugar de los ríos subterráneos que van a dar al mar, un brazo del cual se encuentra abajo del mismo, de modo que cuando el agua del mar sube también el agua de las lagunas aquí.<sup>25</sup> Asimismo se puede mencionar la gran cantidad de objetos sagrados colocados en las partes altas de los cerros en honor a los dioses del agua y de la lluvia. Estos objetos van desde simples piedras

<sup>23</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 700.

<sup>24</sup> *Idem*, *Historia general...*, p. 700.

<sup>25</sup> Alejandro Robles García, “El Nevado de Toluca: ‘Ombligo de mar y de todo el mundo’”, en J. Broda, S. Iwaniszewski y A. Montero (eds.), *La montaña en el paisaje ritual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2007, p. 155.

redondeadas, hasta esculturas, ofrendas de maíz, tamales, flores y otros artefactos que aún son parte importante de los rituales para asegurar la continuidad de los ritos agrícolas.<sup>26</sup>

En el caso de la arqueología, la presencia de objetos marinos en ofrendas es abrumadora, sobre todo cuando se considera su relación con los cuerpos piramidales que, de acuerdo con los datos de las fuentes etnohistóricas, son la representación de cerros o serranías construidos artificialmente para sacralizar los espacios principales de poblaciones o centros urbanos y ceremoniales con arquitectura formal. Es frecuente en estos espacios, la representación de la geografía sagrada relacionada con las aguas marinas y subterráneas que emergen en la representación del cerro.

En el caso de Los Teteles de Santo Nombre, sitio ubicado en el sur de Puebla, con arquitectura similar a la de Teotihuacan, los edificios fueron objeto de una ceremonia de cierre ritual. Con este objeto se desmontó buena parte de las piedras o sillares que recubrían la fachada de los edificios. También se colocaron ofrendas consistentes en caracoles marinos de los géneros *Pleuroploca* y *Olivella*, algunos de ellos tallados, además de numerosas cuentas de piedra verde, elementos todos ellos relacionados con el inframundo y la humedad (véase figura 1). No es una excepción el hallazgo de caracoles, conchas y otros objetos marinos en espacios de ofrenda, muy común en Teotihuacán y en muchos otros sitios del periodo Clásico. También es común su representación en escultura, pintura mural y cerámica, donde las escenas acuáticas son frecuentes. El intercambio ampliado de Teotihuacan con otras regiones comprendió la constante circulación de caracoles marinos que se han encontrado

<sup>26</sup> J. Broda, “El culto mexica de los cerros y del agua”, en *Multidisciplina*, Revista de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 3, n. 7, 1982, p. 45-56; “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica”, en J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé, *Astronomía y Arqueoastronomía...*, p.461-500; “El culto mexica de los cerros de la Cuenca de México: apuntes para la discusión de graniceros”, en Albores y Broda, *Graniceros*, p. 49-90; Samuel Villela, “Ídolos en los altares. La religiosidad indígena en la Montaña de Guerrero”, *Arqueología Mexicana* v. 14, n. 82, 2006, p. 62-67; “El culto a los cerros en la Montaña de Guerrero”, en J. Broda, S. Iwaniszewski y A. Montero, *La montaña...*, p. 321-351; “El culto a las deidades de la lluvia en la Montaña de Guerrero”, *Arqueología Mexicana* v. 16, n. 96, 2009, p. 69-72; Catherine Good, “Ozotempán: el ombligo del mundo”, en J. Broda, S. Iwaniszewski y A. Montero, *La montaña...*, p. 375-393.



Figura 1. Ofrenda de caracol y conchas marinas sobre un edificio piramidal.  
Teteles de Santo Nombre, Puebla, septiembre de 2010.  
Fotografía de Blas Castellón

prácticamente en casi todos los centros ceremoniales de este periodo en la zona central de México.

Llama también mucho la atención la colocación de una capa de piedrecillas finas a manera de cubierta final de los edificios en Santo Nombre, antes de ser tapados con una capa final de arcilla y piedras irregulares. Esta capa estaba directamente sobre los restos arquitectónicos pues al parecer el edificio mismo, que es la representación de un cerro, fue considerado una ofrenda mayor. Habrá que recordar que la arena y las piedras eran elementos muy importantes en el pensamiento mesoamericano, ya que iban separando la salinidad de las aguas marinas hasta convertirlas en aguas dulces, y la presencia de esta arena es lo que se advierte en las ceremonias rituales y en los contextos de ofrenda. No es concebible que tal arena se haya colocado para proteger al edificio, ya que éste había sido

“matado” al desmontar la mampostería y quemar partes del mismo. Más bien se trató de reproducir el ambiente sagrado que acercaba al edificio y sus ofrendas con el mundo de los dioses del agua. Muy cerca de este sitio arqueológico se encuentra una población cuyo nombre prehispánico era *Xalli ipixahuiyan*, “el lloviznadero de arena”, hoy conocido como Santa María La Alta. La referencia a la arena como componente de los espacios relacionados con el agua subterránea es frecuente durante el Postclásico, en relación con el Templo Mayor, donde se celebraba la ceremonia de *Xalaquia*, “meter en la arena”, en la cual de manera metafórica se ofrecían los esclavos en sacrificio a los dioses, en un medio acuático figurado sobre un plataforma llamada *coaxalpan* “serpiente de arena”.<sup>27</sup> Además, *xalli itepeuhyan* “el derramadero de arena” era uno de los nombres con el que se designaba al Tlalocan, lugar de los dioses del agua.<sup>28</sup>

El Templo Mayor de Tenochtitlan es el mejor ejemplo de la abundancia de ofrendas que indican claramente cómo el interior de estas pirámides-cerro era la parte oculta de las aguas que venían del mar. Sus ofrendas son ricas en alusiones marítimas como lugar de origen y medio natural de las fuerzas fertilizadoras del medio acuático, que en ciertos casos tienen continuidad con el estilo teotihuacano como antecedente de este estilo de ofrendas.<sup>29</sup> La ofrenda 41, ubicada frente al templo de Tláloc, contiene una gran cantidad de artefactos, principalmente máscaras de piedra, esculturillas de personajes con una especie de enredo en la cabeza —posiblemente tloques o ayudantes de Tláloc—, caparazones de tortuga, espinas de pez vela, conchas y caracoles marinos, restos de pez globo, dientes de tiburón, erizos de mar, lagartos e incluso arena del mar. La colocación de estas ofrendas seguramente obedeció a un plan establecido donde se iban depositando, capa tras capa, artefactos y objetos sagrados, que es difícil de reconstruir, pero que seguramente tenían una significación en cuanto al espacio ritual que se intentaba reproducir de manera simbólica al interior del edificio.

<sup>27</sup> Charles E. Dibble, “The Xalaquia ceremony”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 14, 1980, p. 197-202.

<sup>28</sup> Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado...*, p. 251.

<sup>29</sup> Leonardo López Luján, *La recuperación mexicana del pasado teotihuacano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989.

*Las conexiones ocultas*

Los montes y las pirámides son, entonces, los espacios donde el agua fluye y donde se establece la comunicación con el mar, entendido este como la máxima extensión del agua y la fertilidad. En opinión de Broda, las ofrendas marinas en el Templo Mayor, tenían como fin “conjurar la presencia del mar en el corazón del imperio mexica”.<sup>30</sup> Esto parece implicar dos aspectos: el primero sería el que señala la autora: confirmar a México Tenochtitlan como una réplica del mundo o más precisamente como el *Cemanahuac*, que es la expresión metafórica del mundo terrestre rodeado por las aguas. La segunda implicación, de alguna manera sugerida, sería evitar que estas aguas marinas anegaran la tierra de manera violenta, al colocar ofrendas, y al celebrar los rituales adecuados, ya que el mar está permanentemente presente en la tierra mediante los ocultos vínculos subterráneos. Esto es posible, pues Sahagún indica que la inundación de la superficie de la tierra podía ocurrir si se rompían los montes.<sup>31</sup> Además hay otras referencias en este sentido, ya que durante la conquista los habitantes de Cholula esperaban que las aguas emanaran de los templos como ríos caudalosos para destruir a los españoles.<sup>32</sup>

El interior de los cerros y de lugares ocultos como barrancas, cuevas, abrigos rocosos, y otras partes del relieve era y sigue siendo considerado en el pensamiento mesoamericano como posible umbral para ingresar al mundo subterráneo. Tales ideas tienen una gran profundidad histórica que ha estado muy arraigada desde los periodos más tempranos. Las representaciones gráficas de cuevas, en especial como fauces de un monstruo terrestre, se encuentran con diversos estilos en prácticamente todos los periodos, y la noción del cerro y la cueva como vínculos con el mundo subterráneo y fuente del poder religioso y político es bien conocida, al menos desde el periodo Clásico.<sup>33</sup> Los conceptos de la cueva como ingreso

<sup>30</sup> J. Broda, “Cosmovisión y observación...”, p. 478.

<sup>31</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 700.

<sup>32</sup> Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, México, Innovación, 1978, p. 208-209.

<sup>33</sup> Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973, p. 61-65; Doris Heyden, “¿Un Chicomóztoc en Teotihuacan? La cueva bajo la Pirámide del Sol” *Boletín INAH*, época 2, n.6, 1973, p. 3-18; “Caves, gods and myths: World-

al inframundo deben haber sido originalmente parte esencial del pensamiento y de la cosmovisión, en particular de los pueblos agrícolas, y en constante cambio y revisión a través del tiempo, conforme los distintos grupos sociales negociaron con las elites emergentes los términos de los cultos sagrados, y en contraste permanente con las prácticas religiosas de sus vecinos. La montaña sagrada o el monte de donde emanaban las aguas a la superficie terrestre es un concepto representado en los murales de Tepantitla, en Teotihuacán; ahí se observan corrientes de agua que salen de la base de un cerro, rodeada de vegetación, y personajes nadando alrededor de ella. Esta escena, aunque es solo una parte de las ideas relacionadas con el agua y el cerro, concuerda con las ofrendas arqueológicas localizadas en contextos del periodo Clásico con influencia teotihuacana, y se extienden a lo largo de los siglos hasta el Postclásico, donde las imágenes de cerros ubicados en medio de cuerpos de agua, a manera de islas, son frecuentes. Es el caso de las representaciones de la isla de Aztlán en la *Tira de la Peregrinación*,<sup>34</sup> el *Códice Azcatitlan*<sup>35</sup> y otros, en cuyo interior había cuatro distintas cualidades de agua.<sup>36</sup> En el *Códice Aubin*<sup>37</sup> se cuenta que el lugar de fundación de esta ciudad era una entrada al Tlalocan; en ese sitio, el sacerdote Axolohua se sumergió en la laguna y luego que emergió contó que fue a ver a Tláloc, quien le dio la bienvenida a Huitzilopochtli.

Es necesario recordar que la imagen del mundo habitado por los humanos es un cuadrado o un disco de tierra rodeado por las aguas marinas. Al parecer, estas aguas se elevaban en los extremos, a manera de paredes acuáticas, y formaban una bóveda sobre el cielo que los humanos alcanzaban a observar, de acuerdo con lo expresado por Sahagún:

view and planning in Teotihuacan” en E. P. Benson (comp.), *Mesoamerican sites and Worldviews*, Washington D, C., Dumbarton Oaks, 1981, p. 1-35; J. Broda, “El culto mexicana...”, p. 52; “Cosmovisión y observación...”, p. 464-478.

<sup>34</sup> *Tira de la Peregrinación o Códice Boturini*, edición de Patrick Johansson K., *Arqueología Mexicana*, México, Raíces, p. 21.

<sup>35</sup> *Códice Azcatitlan*, París, Société des Américanistes, 1995, p. 13.

<sup>36</sup> Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicanoyoll*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1949, p. 63; J. Broda, “Cosmovisión y observación...”, p. 480.

<sup>37</sup> *Códice Aubin. Manuscrito de 1576 o Historia de la nación mexicana desde la salida de Aztlán hasta la llegada de los conquistadores españoles*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1963.

La mar, a la cual llaman *teoatl*(...) quiere decir agua maravillosa en profundidad y en grandeza; llámase también *ilhuícaatl*, quiere decir, agua que se juntó con el cielo, porque los antiguos habitantes de esta tierra pensaban que el cielo se juntaba con el agua en la mar, como si fuese una casa que el agua son las paredes y el cielo está sobre ellas y por esto llaman a la mar *ilhuícaatl*, como si dijese agua que se juntó con el cielo.<sup>38</sup>

En la primera lámina del *Códice Vaticano latino*<sup>39</sup> se muestran los distintos niveles del cielo y en la parte inferior, con una glosa en náhuatl, se señala el *ylhuicatl huixtutla* pintado de color azul. Dentro de ese espacio está la imagen de una diosa, de la que solo se muestra la cabeza de perfil que mira hacia la derecha. Ésta lleva un tocado cuadrado con plumas largas, posibles cuentas o caracoles, orejeras y un collar con cuentas. López Austin interpreta al personaje de este nivel celeste como Uixtocíhuatl, la diosa de las aguas salobres.<sup>40</sup> También, el mismo autor considera que los *tlaloques* que enviaban las lluvias a los distintos rumbos de la tierra estaban ubicados en las esquinas del mundo, a manera de columnas que sostenían el cielo. Al respecto señala como ejemplo la escena pintada en el fondo de la tapa de un *tepellacalli* o caja de piedra, procedente de Tizapan, San Ángel, en el Distrito Federal, donde se observa a los cuatro *tlaloques*, a manera de atlantes, que sostienen el cielo, en este caso representado como una plancha azul con borde y centro discoidal de color rojo.<sup>41</sup>

El punto importante aquí es que la diosa de las aguas saladas está representada en un contexto que, de acuerdo con los datos etnohistóricos, corresponde al mar, y al mismo tiempo está relacionado con el mundo terrestre. Aun así, no resulta claro si los ríos de

<sup>38</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 699.

<sup>39</sup> *Códice Vaticano latino 3738, o Códice Ríos, Antigüedades de México* v. 3, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964, p. 9.

<sup>40</sup> Alfredo López Austin, *Cuerpo Humano e Ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1980, p. 64.

<sup>41</sup> Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan...*, p. 178; Johanna Broda, "Las fiestas del Postclásico a los dioses de la lluvia", *Arqueología Mexicana*, v. 16, n. 96, 2009, p. 58-63, p. 63, fig. 9; Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte sagrado...* p. 610, lám. 62; L. López Luján, "Aguas petrificadas. Las ofrendas a Tláloc enterradas en el Templo mayor de Tenochtitlan", *Arqueología Mexicana*, v. 16, n. 96, 2009, p. 54.

UNAM - IIH

agua dulce salían del mar o del Tlalocan. Sahagún señala ambos lugares como el origen de los ríos, y explica, como hemos visto antes, por qué el agua salada del mar pierde su amargor colándose por la tierra, piedras y arenas, pero sin aclarar si el mar se identifica con el lugar de origen de todas las aguas, el Tlalocan, sitio subterráneo sobre el que se encuentran los cerros como recipientes grandes de agua. Una amplia revisión hecha por López Austin<sup>42</sup> sobre estos aspectos señala que el Tlalocan, lugar de las aguas, es un concepto mitológico que se ubica en su completa extensión debajo de la toda la superficie de la tierra, y su corazón se localiza en el centro del mundo. Las manifestaciones de este lugar son proyecciones y extensiones simbólicas en serranías, pues se consideraba que el mar, los cerros y las cuevas estaban siempre conectados con este lugar. De todos los lugares, el Oriente era el rumbo arquetípico del Tlalocan, es decir, hacia la costa del Golfo, pero su presencia estaba en todos los cuatro rumbos y en el centro de la geografía mítica. El mar es uno de los lugares donde se manifiesta el Tlalocan y una de las calidades de agua, donde hay animales y peces relacionados con Tláloc, pero no es el único. La presencia de este lugar está manifiesta en los rituales agrícolas modernos como puede apreciarse en los relatos de los nahuas de Guerrero, donde el inframundo y el Tlalocan se integran constantemente en un lugar profundo donde hay cuerpos de agua tan grandes como el mar.<sup>43</sup>

*La diosa del mar, la sal y los pecados*

Uixtocihuatl es la diosa de las aguas saladas y más específicamente del mar; cabe hacer mención de que *uixtotli* es el término con el que se designaba a los salineros y también a las personas de la costa (*uixtotin*), los cuales eran además los ayudantes de la diosa, representados por cautivos que acompañaban a la réplica o encarnación de Uixtocihuatl durante la celebración de la fiesta de *Tecuilhuitonlli* “pequeña fiesta de los señores”.<sup>44</sup> Ya antes otros autores se han ocupado

<sup>42</sup> Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan...*, p. 182-193.

<sup>43</sup> Good, “Oztotempan...”, p. 391.

<sup>44</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 120.



de describir los atributos de la diosa de la sal.<sup>45</sup> En este caso sólo apuntaré algunos elementos importantes, relacionados con las creencias antes descritas. Uixtocíhuatl tenía su fiesta durante la octava veintena que era Tecuilhuitontli, del 13 de junio al 2 de julio. Su fiesta era el día 23 de junio. Ella era hermana de los *tlaloques*, deidades del agua, quienes la desterraron hacia el mar. Aunque no existen muchos datos sobre esta diosa, en particular, contamos con algunas representaciones y descripciones de sus atavíos, mismos que compartía con otras diosas relacionadas con el agua.

Sus atavíos incluían pintura facial amarilla y también en el cuerpo. Gorro de papel con plumones blancos y penacho de quetzal, orejeras de oro muy fino, huipil labrado con representación de olas de agua y chalchihuites pintados, las naguas labradas de la misma manera. En los pies tenía cascabeles de oro o caracoles blancos sobre una tira de piel de felino. Sus sandalias eran de algodón, igual que las ataduras. Su rodela tenía hojas anchas de la yerba *atlacuezona* (atlacuetzonan: “madre de las olas”). Además esta rodela tenía colgando plumas de águila, papagayo, zacuan y teoxólotl. Completaba el atuendo un bastón de junco en la mano, adornado con hule, tres flores de papel llenas de incienso y plumas de quetzal. Lo anterior, de acuerdo con Sahagún.<sup>46</sup> Esta descripción no coincide del todo con la imagen del *Códice matritense del Real Palacio*,<sup>47</sup> donde es notoria la ausencia de los cascabeles y caracolillos blancos en los pies y, sobre todo, porque no se observa la yerba acuática *atlacuezona* en la rodela.<sup>48</sup> Sin embargo, hay otras representaciones que parecen complementar esta descripción. Una de ellas es la del *Códice Vaticano latino*<sup>49</sup> donde solo se hace referencia a la fiesta de Tecuilhuitontli. Aquí se representa a una diosa que lleva un bastón semejante al mencionado para la diosa de la sal. También lleva pintura facial y corporal amarilla, tocado de plumas de quetzal con plumones blancos y campa-

<sup>45</sup> Osorio, “Sangre, sudor...”, p. 377; Michel Graulich, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, INI, 1999, p. 373-377; Juan Carlos Reyes Garza, “La sal en los códices pictográficos”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 31-32, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, p. 185-188.

<sup>46</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 119-121.

<sup>47</sup> Véase Miguel León-Portilla (ed.), *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 136-137.

<sup>48</sup> Juan Carlos Reyes Garza, “La sal en los códices...”, p. 188

<sup>49</sup> *Códice Vaticano latino...*, lámina 61.

nillas de oro en los pies y la camisa. Pero en este caso no tiene rode-la ni olas de agua labradas en el huipil, pues han sido sustituidas por un diseño en forma de rombo con punto en medio, pintado de color azul, además de que se han agregado adornos de papel y colgantes en el tocado, en su espalda y en el bastón. Una representación casi idéntica se observa en el *Códice telleriano remensis*,<sup>50</sup> referente también a la fiesta de Tecuilhuitontli.

Hay que recordar que la diosa de la sal tiene relación directa con las deidades generadoras del crecimiento, la tierra y el agua, en particular con Chalchiuhtlicue, la señora de las aguas, y con Chicomecóatl, diosa de los mantenimientos y frutos de la tierra.<sup>51</sup> Durán<sup>52</sup> menciona que Chicomecóatl era otro nombre de Chalchiuhcihuatl [Chalchiuhtlicue], y por otro nombre Xilonen “vivió como maíz tierno”. A su vez, éstas se relacionaban con la deidad de los leprosos y enfermos con llagas llamada Atlan Tonan “nuestra madre del lugar del agua”, cuya personificación era sacrificada en la fiesta de Ochpaniztli, y sólo después de esto se daba permiso de comer pan, sal y tomates solamente. Como se puede ver, las diosas del agua y la vegetación presentan atributos que se iban entrelazando, alejándose y acercándose, de acuerdo con el tema en turno, teniendo como estructura el ciclo agrícola, representado por las fiestas rituales. Un mito de la región cora en Nayarit es más explícito en este sentido, pues menciona que un ser lleno de llagas y costras llamado Junaá fue enviado a la tierra por la diosa del mar. Los hombres que necesitaban desesperadamente la sal le dieron de comer, pero lo repudiaron porque se arrancaba sus propias costras y las ponía en la comida. El enfermo se fue y desde entonces los coras deben pasar grandes trabajos para traer la sal desde la costa.<sup>53</sup>

Por otra parte, Ixcuina, representada en el *Códice Vaticano latino*,<sup>54</sup> diosa de los adúlteros, es señalada como “señora de la sal, del excremento, de la desvergüenza y causa de todos los pecados”. Evidentemente se trata de la misma Tlazotéotl Ixcuina mencionada por

<sup>50</sup> *Códice telleriano remensis*, en *Antigüedades de México*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964, v. 1, lámina 1.

<sup>51</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 35

<sup>52</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias...*, v. 1, p. 137.

<sup>53</sup> Fernando Benítez, *Los indios de México*, México, Era, 1970, v. 3, p. 543-546.

<sup>54</sup> *Códice Vaticano latino...*, lámina 26v.

Sahagún,<sup>55</sup> diosa de la lujuria, de la carnalidad y de los “amores torpes”, la comedora de basura y de los pecados, pero también deidad de las hilanderas, de las parturientas y del temazcal. Pero la diosa de la sal también tiene relación con la de amor carnal y la de pecado, que fueron arrojadas del paraíso llamado Tamoanchan, mismo que a veces se confunde mitológicamente con el Tlalocan. Recordemos brevemente que múltiples diosas madres son divinidades de la tierra, el agua, el sexo, el pecado, el crecimiento, la muerte y las enfermedades, entre muchos otros atributos.<sup>56</sup> La de la sal y el mar pertenece a este complejo de diosas que fueron arrojadas de su paraíso a iniciativa de sus hermanos, como lo confirman los mitos antes mencionados. De las diferentes calidades de agua, Uixtocíhuatl “por una desgracia que hubo entre ellos” fue arrojada a las aguas saladas del mar que están hacia el Oriente y allá inventó el modo de hacer la sal. Es también el caso de diosas tan conocidas como Xochiquetzal, Isnextli, Tlazoltéotl Ixcuina, Mayahuel, Coatlicue y muchas otras. El destierro de esas diosas se debe casi siempre a una transgresión que es equiparada con el acto sexual, como generador de vida, en un contexto divino en que tal acto estaba prohibido. Los mitos de origen de la sal, hasta el día de hoy, hacen énfasis en el carácter pecador de las diosas, sugiriendo un acto impúdico en rompimiento de las normas de sobriedad, específicamente, de la extracción de la sal a partir de los fluidos del cuerpo, considerado esto como algo sucio y pecaminoso pues la materia de los cuerpos mismos está relacionada con el pecado y la muerte. La misma Uixtocíhuatl era una de las doncellas que se daban por mujer a la personificación de Tezcatlipoca durante la fiesta de Tóxcatl, lo cual recuerda la transgresión que este dios cometió con Xochiquetzal.<sup>57</sup> La analogía de la diosa Uixtocíhuatl con Ixcuina así lo confirma, la sal es equiparada con el excremento, es decir, un residuo de las diosas, Sullivan agrega que Uixtocíhuatl probablemente también representa a la orina, que es salada, y es otra metáfora para

<sup>55</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 36-38.

<sup>56</sup> Alfredo López Austin, *Tamoanchan y...*, p. 193-194.

<sup>57</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 108; Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, ed. facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1981, f. 153v.

indicar la impureza. Por lo tanto sería la contraparte acuosa de Tlazolteotl, diosa de la suciedad.<sup>58</sup>

En este sentido Graulich<sup>59</sup> hace dos propuestas interesantes. Una se refiere a que la sal es un producto de la ausencia de lluvia, tal vez porque resultó de una separación de Uixtocíhuatl, de sus hermanos los *tlaloques*, que la lanzaron a las aguas saladas. En todo caso, se trata de uno de los suministros adquiridos durante la estación seca, y es frecuentemente relacionado con el maíz y el chile, lo cual coincide con las prácticas de los salineros actuales y con las creencias que asocian constantemente a estos tres alimentos. En la otra propuesta, de tipo cosmogónico, Graulich opina que Uixtocíhuatl, además de representar la sal, a los salineros y a la gente de la costa, es decir, a los uixtotin, también representaba a los olmeca -uixtotin, o sea, a los espíritus de los tiempos primordiales, en el inicio de la historia. La diosa de la sal habría habitado en el Tlalocan, en un paraíso original, del que fue arrojada por una falta o transgresión, igual que los dioses lo fueron de Tamoanchan. En aquella época, que es el tiempo de los orígenes, antes de la existencia de la tierra y de los humanos, sólo existían las deidades y Tlalteotl, o sea, el *Cipactli*, monstruo primigenio con aspecto de caimán, que iba a ser después destrozado para formar la tierra y la bóveda celeste. La asociación de la diosa con el *Cipactli* y el tiempo original estaría indicada por el pez sierra con que se sacrificaba a la personificación de Uixtocíhuatl.<sup>60</sup> Además, el *Códice telleriano remensis*<sup>61</sup>, incluye también a los uixtotin en la fiesta de Ochpaniztli, durante la cual se menciona a Toci “nuestra abuela” como diosa de la sal, quien fue expulsada de Tamoanchan.

La etnografía moderna nos muestra que estas diosas subsisten transformadas en personajes con nombres distintos. De acuerdo con los mitos y creencias modernos, tenemos que la sal es llamada Narama por los huicholes,<sup>62</sup> la Virgen del Rosario por los zinacantecos

<sup>58</sup> Thelma D. Sullivan, “Tlazolteotl-Ixcuina: The great spinner and weaver”, en Elizabeth Hill Boone (ed.), *The art and iconography of Late Post-Classic Central Mexico*, Washington, Dumbarton Oaks, 1982, p. 23.

<sup>59</sup> Michel Graulich, *Ritos aztecas...*, p. 375-377.

<sup>60</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 121.

<sup>61</sup> *Códice telleriano remensis...*, lámina 20.

<sup>62</sup> Miguel Othón de Mendizábal, *La influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1928, p. 325; Enriqueta Manzo, “La importancia...”, p. 217.

de Chiapas<sup>63</sup>, Virgen de la Candelaria en Tlacotalpan, la Virgen de la Concepción en Cosamaloapan, la Virgen del Rosario en Alvarado, La Malintzin, o la Chaneca, dueña del pozo, todas éstas en Veracruz.<sup>64</sup> Pero hay una insistencia muy clara en el origen de la sal como fluidos, excrescencias y purulencias salidas del cuerpo de los dioses ancestrales. El mar se formó a partir del llanto de las diosas desterradas,<sup>65</sup> o es el lugar hacia donde los hermanos enojados desterraron a las diosas y a los seres que habían sacado sal de su cuerpo.<sup>66</sup> Esta percepción de la mujer como la sal misma, y su relación con las transgresiones, fue fácilmente sustituida por el personaje de María Magdalena, la pecadora que lloró arrepentida frente a Cristo. Muchos lugares de extracción de sal modernos llevan este nombre. Baste mencionar la antigua población salinera de Magdalena de las Salinas, en el norte del Distrito Federal. La sal fue creada en el tiempo de ellos, salió del cuerpo de los dioses y es una excrescencia o residuo concentrado y peligroso que debe ser extraído de las aguas saladas o de la tierra misma. Como excrescencia, es de naturaleza caliente y pesada, contraria por tanto al estado “puro”, y por eso es uno de los elementos que une a los humanos con la contaminación y la muerte, pues se agrega a los alimentos terrenales que vuelven a los humanos pesados y con una vida breve. El gran lugar de la sal es el mar; veamos entonces un poco más acerca de sus propiedades físicas en relación con las percepciones simbólicas.

### *Sal de mar y sal de tierra*

La gente sabe que el mar es salado y que existen lugares de extracción en sus cercanías, de modo que estos dos elementos, agua y sal, se encuentran en abundancia en la naturaleza. Sin embargo, poca gente sabe que para extraer sal del agua marina es necesario que existan ciertas condiciones que básicamente son las mismas en todos los procesos de obtención de sal cristalizada. La sal del mar está en

<sup>63</sup> Anthony P. Andrews, *Ancient Maya salt production and trade*, Tucson, University of Arizona Press, 1983, p. 62.

<sup>64</sup> Roberto Williams García, “La diosa de la sal...”, p. 370-372.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>66</sup> Alain Ichon, “La religión de los totonacas...”, p.136; Víctor Osorio Ogarrio, “Sangre, sudor...”, p. 389.

suspensión, es decir, diluida en la gran masa de agua de los océanos, y varía ligeramente de una región a otra. En promedio, un litro de agua marina contiene entre 33 y 39 gramos de sal, es decir, que si intentáramos extraer la sal de un litro de agua sólo obtendríamos unos pocos gramos, y si lo hiciéramos con un metro cúbico de agua (1000 litros) teóricamente obtendríamos entre 33 y 39 kg de sal, pero eso implicaría un proceso de evaporación controlada donde tendríamos que invertir mucha energía calorífica, y durante la evaporación perderíamos una parte del agua y de la sal. En términos de inversión de energía, calentar mil litros de agua para obtener unos pocos kilogramos no resulta una empresa redituable. Esto fue resuelto desde tiempos antiguos de dos maneras: 1. El control de masas de agua amplias en estanques donde el proceso de evaporación fuera por calentamiento solar; 2. La creación salmueras concentradas o suficientemente saturadas de sal, de modo que la cristalización resultara posible quemando combustible orgánico. En ambos casos, las condiciones mínimas deben estar reunidas; aún así, emprender la obtención de sal cristalizada, arrancándola de sus nichos naturales, implica un riesgo en términos del uso de energía y su posible éxito o fracaso, de modo que a este tipo de actividades se les ha dado el nombre de “apuestas arqueológicas”.<sup>67</sup> Otros lugares en donde puede estar contenida la sal en amplias proporciones son tierras, arenas y lodo, cercanos a concentraciones salinas, así como ciertas plantas halófitas que tienen la propiedad de absorber y almacenar la sal. Finalmente, la sal también está contenida en organismos vivos y abunda en la naturaleza, especialmente en enormes salares que son mares o lagos desecados, y en el subsuelo, en gigantescos domos que se formaron en eras geológicas pasadas. En este último caso existen afloramientos de sal sólida, también llamada sal gema o sal de roca, que han sido explotados desde tiempos muy antiguos.

Pareciera que la abundancia de sal en prácticamente todas partes del mundo debería hacer de este mineral algo común y poco importante desde el punto de vista económico y religioso.

<sup>67</sup> Olivier Weller, “Aux origines de la production du sel en Europe. Vestiges, fonctions et enjeux archéologiques”, en O. Weller (ed.), *Archéologie du sel: Techniques et sociétés dans la pré- et protohistoire européenne*, Rahden/Westfalia, Verlag Marie Leidorf GMBH, 2002, p. 163-176.

No obstante, antes de la explotación moderna e industrial de la sal —desde fines del siglo XIX, cuando se convirtió a este mineral en un producto al alcance de todos— ésta fue uno de los productos más escasos y codiciados de todo el mundo que provocó innumerables guerras y obras para su control. Durante la época colonial, en Nueva España, fue sujeta a una estricta inspección y vigilancia.<sup>68</sup> Para comprender esto es necesario saber que, si bien la sal abunda en todas partes de la naturaleza, es sólo en unos pocos sitios bien delimitados donde existían las condiciones para su extracción, de manera continua y provechosa. En el caso del mar, fuente abundante de sal, ésta sólo podía ser extraída si una parte del agua entraba a la tierra y quedaba estancada. Esto ocurre de manera natural en las lagunas costeras, de las cuales hay muchas en los litorales de México. Ahí, el agua salada queda “atrapada” en una amplia área donde, por medio del calor solar, se inicia el proceso natural de precipitación de sales suspendidas. La sal en suspensión dentro del agua entra en condiciones de poco movimiento y con el calor natural comienza la evaporación; y con esto la precipitación de sales de cloruro de sodio, pero también de magnesio, potasio, sulfatos y carbonatos, principalmente, y en distintas proporciones, según la composición química del agua. Al final, el resultado es sal cristalizada que de manera natural puede quedar en forma de costras en las orillas de las lagunas. Sin embargo, imitando estos procesos naturales, las distintas culturas del mundo, y en particular de Mesoamérica, crearon una gran variedad de mecanismos para concentrar las sales contenidas en las aguas, e incrustadas en la tierra, desde una simple olla con pequeños agujeros en la base donde se ponía tierra, arena y agua salada que era destilada con agua de mar, hasta grandes conos de madera o depósitos de mampostería para obtener cantidades más grandes de salmuera concentrada.

Un caso tradicional bien conocido junto al mar es el de la laguna de Cuyutlán, en Colima (véase figura 2). Aunque el proceso tradicional ha sido abandonado en años recientes para dar lugar al uso de plásticos y otros materiales que aceleran la cristalización, es todavía un buen ejemplo de aprovechamiento de los recursos salinos junto al mar. Aquí, se aprovecharon las condiciones favorables del

<sup>68</sup> *Ordenanza de la Sal 1580*, en Reyes Juan Carlos Garza, *Sal. El oro blanco de Colima*, Colima, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2004, p. 193-198.



Figura 2. Salinas de la Laguna de Cuyutlán, Colima, mayo de 2006.  
Fotografía de Blas Castellón

agua salada de la laguna, del viento y del calor, suficientes para extraer cantidades de sal en mayor volumen. Para esto se rayaba primero la tierra circundante a la laguna, que contenía mucha sal concentrada. Esta tierra se colocaba luego sobre un mecanismo de filtración llamado “tapextle”, consistente en una especie de techo bajo hecho de tronco; arriba de él se ponían capas de arena, concha, piedras pequeñas y un tejido de petate, a manera de colador. Después se vertía sobre esta tierra más agua salada extraída de un pequeño pozo anexo, y el agua ya filtrada caía como lluvia sobre un depósito de mampostería debajo del filtro. Finalmente esta agua destilada con mucha más sal era canalizada a estanques de evaporación o “eras”, que estaban alrededor, y el calor solar hacía el resto del trabajo hasta obtener la cristalización. Todo el proceso tomaba alrededor de 15 días y participaban entre cinco y diez personas.<sup>69</sup>

<sup>69</sup> Véase Juan Carlos Reyes Garza, “El pozo de tapextle de Colima, México. Breve historia de un ingenio tecnológico para la producción de sal”, *Journal of Salt History* 4,



Actualmente, un salinero solo puede obtener hasta 15 toneladas de sal en poco más de una semana, únicamente usando el agua, mangueras, plásticos y una pala para recoger la sal.<sup>70</sup> Si la sal no se encuentra cristalizada de manera natural, como es el caso de la sal gema, es preciso recorrer los procesos químicos naturales de su formación; para esto hay gran cantidad de posibilidades en cuanto a mecanismos, artefactos e incluso rituales y productos finales. En todos los casos la producción de sal debe recorrer cuatro etapas o procesos generales: 1) la obtención de la materia prima, 2) la obtención y concentración de salmueras, 3) la cristalización mediante evaporación, y 4) el acondicionamiento y posterior embalaje de la sal si esta es objeto de intercambio.<sup>71</sup>

Volviendo al caso del México antiguo, recordemos que el mar era el gran lugar de la sal y de la diosa que gobernaba sobre esa inmensidad. Pero el mar entraba a la tierra, donde, según las concepciones antiguas, había corrientes subterráneas conectadas con el Tlalocan y con el mar, pues este último era parte de aquel lugar divino. Por lo tanto, no era extraño que la sal del mar estuviera también en la tierra y que se arrancara de este último lugar de una manera semejante a los residuos y fluidos divinos que quedaron ahí incrustados desde el tiempo de los dioses. La sal era un despojo, una costra que contenía la esencia de los dioses y sus pecados, pero a la vez capaz de deleitar a los humanos en sus alimentos. En el centro de México, se le removía de la tierra, donde estaba contenida mediante las aguas ocultas, con el uso de tinajas: “El que trata en sal, hácela o la compra de los otros; y para hacerla junta la tierra

1996, p. 117-135; “El tapextle salinero. Notas sobre su origen, distribución y variantes”, en E. Williams (ed.), *Bienes estratégicos del antiguo Occidente de México. Producción e intercambio*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004, p. 183-206; *Sal, el oro blanco de Colima. La industria salinera colimense durante el virreinato*, Colima, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2004.

<sup>70</sup> Bogar Rodríguez, *La sal de Cuyutlán*, video de 59 minutos, Colima, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2010.

<sup>71</sup> Blas Castellón Huerta, “Arqueología, etnografía, decisiones técnicas y complejidad social. La producción de sal antigua en el centro de México”, en F. López, W. Wiesheu y P. Fournier (coord.), *Perspectivas de la investigación arqueológica III*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, p. 171-200; “Un grano de sal. Aportaciones etnoarqueológicas al estudio histórico de una industria ancestral”, *Anuario de Historia*, México, v. 1, 2009, p. 67-83.

salitrosa, y juntada, remójala muy bien, y destíllala o cuélala en una tinaja, y hace formas para hacer panes de sal.”<sup>72</sup>

Otras fuentes confirman el lavado de tierras para la extracción de sal, de una manera parecida a como aún se hacía hasta hace poco en Colima, y a como aún se hace en Nexquipayac (véase figura 3), a orillas del antiguo lago de Texcoco, y en otros pocos lugares de México.<sup>73</sup> En todo caso, es claro que el proceso mediante el cual se separó la sal de la tierra y del agua debió ser objeto de cuidados rituales especiales, pues se trataba de una sustancia peligrosa. Los resultados finales son “panes de sal”, es decir, bloques con distintas formas y tamaños que se utilizaron para transportar, tributar e intercambiar la sal. Hay que considerar que tanto los pasos para la producción de sal como sus productos finales, en grano o en forma de bloque, debieron ser expresiones simbólicas del tiempo de los dioses. Esto debió darles más valor, no sólo de intercambio sino religioso y de prestigio, pues Sahagún también indica que había distintas calidades de panes de sal, algunas más puras y otras llenas de arena “que no salan bien”. Antiguamente debieron existir restricciones y prohibiciones entre los salineros, semejantes a las creencias que ahora existen en comunidades nativas. Un estudio cuidadoso de los procesos de producción de sal tanto cerca del mar, como en tierra adentro, debe detectar al menos algunas prácticas que estaban acordes con las creencias y el origen cosmológico de la sal y el mar, pues casi siempre los lugares donde se extraen los residuos de los dioses son objeto de cuidados e interdicciones importantes. Así, en el caso de la costa y de tierra adentro, las salinas son consideradas sitios

<sup>72</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, p. 572.

<sup>73</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1960, p. 62; Ola Apenes, “The Tlatales’ of Lake Texcoco”, *American Antiquity*, v. 9, n. 1, 1943, p. 29-32; “The primitive salt production of Lake Texcoco, Mexico”, *Ethnos*, v. 1, 1944, p. 35-40; Eduardo Nogueira, “Identificación de una saladera”, *Anales de Antropología*, v. 12, México, 1975, p. 117-151; Édgar Anaya Rodríguez, “La industria de la sal de tierra en el Valle de México. Un método prehispánico a punto de desaparecer”, en J. C. Reyes (coord.), *La sal en México...*, p. 223-248; Jeffrey R. Parsons, “Una etnografía arqueológica de la producción tradicional de sal en Nexquipayac, Estado de México”, *Arqueología*, 2ª época, n. 2, México, 1989, p. 69-80; *The last saltmakers of Nexquipayac, Mexico. An archaeological ethnography*, Michigan, Museum of Anthropology/Ann Arbor, 2001, p. 69-80; Eduardo Williams, “The Ethnoarchaeology of salt production at Lake Cuitzeo, Michoacan, Mexico”, *Latin American Antiquity*, v. 10, n. 4, 1999, p. 400-414.



Figura 3. Producción de sal por lavado de tierras en Nexquipayac, Estado de México, marzo de 2006. Fotografía de Blas Castellón

salitrosos y sucios donde abunda, “el hedor y malos vapores”,<sup>74</sup> así como la esencia de las divinidades (véase figura 4). Allí es fácil contagiarse y enfermarse y, sobre todo, es donde puede darse el encuentro sobrenatural, cargado de peligro y pecado, con seres femeninos que pueden hacer daño a los hombres vivos, según cuentan hoy en la zona de Zapotitlán Salinas, Puebla (véase figura 5). A su vez, todo ese proceso fue concebido como una reproducción de los tiempos ancestrales, cuando los dioses riñeron entre sí y uno de ellos, casi siempre femenino, fue arrojado lejos, dentro del mundo subterráneo, hasta las aguas saladas que forman el mar, enorme cuerpo acuático y primigenio al que hay que ofrendar desde sus múltiples conexiones en tierra, para apaciguar su furia y para poder obtener uno de sus más preciados productos que procura alegría, gusto, consistencia y pesadez a los cuerpos humanos.

<sup>74</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 91.



Figura 4. Cajetes para evaporación solar de salmuera, Paraje San Francisco, San Miguel Ixtapa, Estado de México, junio de 2009.  
Fotografía de Blas Castellón



Figura 5. Salinas de Zapotitlán, Puebla, noviembre de 2008.  
Fotografía de Blas Castellón

UNAM - IHH